

Autora: Julia Escalada, UNLP

Mail: escaladajulia@gmail.com

La vida en la ciudad como una ficción organizada: la noción de “simulación social” en Ramos Mejía e Ingenieros

Introducción

Este trabajo rastrea el concepto de “simulación social” en algunos ensayos de José María Ramos Mejía y de su discípulo José Ingenieros. Para ello, partimos de abordar *Las multitudes argentinas* (1898), en donde Ramos Mejía aplica la psicología de las multitudes a la historia argentina, para forjar una identidad nacional, y así hacer frente a la inmigración europea y las ideologías que esta trajo, concebidas como una amenaza para la elite. Si bien aquí no aparece explícitamente la noción de simulación, en la descripción sobre las multitudes modernas se observan ciertos elementos vinculados con este concepto, desplegado sobre todo luego en *Los simuladores del talento* (1904), obra en la que Ramos Mejía estudia las facultades defensivas que utilizaron los caudillos argentinos y las masas que los siguieron, pero ahora aplicadas a la sociedad de su tiempo. Aquí, la noción de simulación permite explicar ciertos fenómenos de las masas populares. Los críticos e intelectuales, como él mismo, están exentos de las características de la personalidad que desencadenan la simulación social, así como en *Las multitudes argentinas*, estaban libres de las inclinaciones psíquicas que inducen al estado de multitud.

En cambio, su discípulo Ingenieros desarrolla este concepto desde el ámbito sociológico y desde el psiquiátrico-criminológico, buscando distinguir a los simuladores respecto de los verdaderos alienados. En *La simulación en la lucha por la vida* (1904), Ingenieros parte del darwinismo social, para plantear que todas las especies luchan por vivir, y el ser humano, como especie más avanzada que las demás, ha refinado y sofisticado sus medios de lucha. Los hombres civilizados ya no luchan de manera violenta, sino fraudulenta: es por ello que la simulación alcanza a toda la sociedad y no aparece ya, como en Ramos Mejía, acotada a los sectores populares. Además, este darwinismo social se ve matizado por el marxismo, que considera las formas de asociación entre hombres y grupos, planteando que cuanto más se desarrollen los medios de producción, mayor será la solidaridad entre hombres y menos necesaria la lucha.

El objetivo general de este trabajo es dilucidar qué lugar ocupa la noción de “simulación” en ambos autores, según sus diversas concepciones teóricas e ideológico-políticas. A grandes rasgos, preocupado por las masas urbanas modernas, Ramos Mejía vincula el concepto de “simulación” con los sectores populares, concebidos como bárbaros y amenazantes. Por su

parte, Ingenieros postula que la simulación no solo alcanza a todos los individuos y grupos, sino que además es constitutiva de toda la sociedad y de su desarrollo.

La barbarie llega a la ciudad: la noción de simulación social

La noción de simulación social, como los trabajos de Ramos Mejía e Ingenieros, se acota a los centros urbanos, más específicamente a la ciudad de Buenos Aires, concebida por ambos como el faro de la nación Argentina. El espacio de la ciudad es entendido por la tradición unitaria como el lugar de la civilización por excelencia, encontrando el ejemplo más paradigmático en el *Facundo* de Sarmiento, ensayo en el que se procura comprender la historia política de nuestro país a partir de la antítesis entre el ámbito civilizado de la ciudad y el espacio bárbaro del campo. Aunque nuestros dos autores se inscriben en esta tradición sarmientina, el contexto en el que escriben presenta nuevas preocupaciones y urgencias. En primer lugar, en las últimas décadas del siglo XIX se incentiva la inmigración europea para poblar y civilizar nuestro territorio, pero los inmigrantes en su gran mayoría deben establecerse en la ciudad, provocando un fuerte aumento demográfico en los núcleos urbanos, sobre todo en Buenos Aires¹. Además, se los vincula con el anarquismo y el socialismo, ideologías que las clases dirigentes advierten como desestabilizadoras del orden social.

En segundo lugar, el cólera y la fiebre amarilla azotan a la ciudad de Buenos Aires entre 1867 y 1871, por lo que para la elite letrada, dentro de la ciudad, el enemigo ya no es el federalismo bárbaro, sino que hay ahora otra amenaza, que preocupa a todas las banderas políticas por igual: las enfermedades epidémicas. Gracias a los avances científicos en el ámbito de la medicina², el higienismo toma fuerza, y se comprende que para mantener a la población sana no sólo se deben curar estas *patologías*, sino que deben prevenirse. Así, primero el higienismo y luego la criminología, son las disciplinas encargadas de discernir, mediante la minuciosidad de la información y el control de la población, lo sano de lo enfermo, para mantener intacta la salud del cuerpo social. Este escenario en la ciudad provoca que la inmigración sea concebida como un posible foco de contagio, ya sea de enfermedades físicas o morales: los extranjeros se vuelven sospechosos de difundir el cólera o el anarquismo, la tuberculosis o el socialismo.

Nuestros dos autores son figuras centrales para comprender la tensión que genera en las elites dirigentes e intelectuales la inmigración de fines del siglo XIX. Por un lado, hay una necesidad de incluir a los inmigrantes para consolidar la identidad nacional y contribuir con el desarrollo

¹ En el año 1895 más de la mitad de la población de la capital estaba compuesta por inmigrantes (Lattes, 2010).

² En 1881 Pasteur logra las primeras vacunas con patógenos artificialmente debilitados, lo que posibilita un desarrollo de la medicina y así, incrementa el poder de los médicos de intervenir sobre la vida y la muerte. Como explica Salessi (2023), el Estado se hace de este poder para intervenir en el espacio público y privado de la población (p. 143).

del país. Pero al mismo tiempo, hay una urgencia por detener a lo enfermo que trae esta muchedumbre, lo que también implica contener a quienes pretenden aprovecharse de la movilidad social y así ascender económica y políticamente.

Tanto desde el ámbito médico como desde el político, los trabajos de Ramos Mejía e Ingenieros al frente de diversas instituciones los legitiman para intervenir en el espacio público y privado, para controlar no solo la higiene sino también el orden social. En el caso de Ramos Mejía, podemos destacar que a lo largo de su carrera funda y dirige instituciones ligadas a la prevención, la salud y la higiene de la población. Además, trabaja en la difusión de la educación pública en todo el país, con la conciencia de que esto es un factor clave para la inclusión de la población en la nacionalidad argentina.

Por su parte Ingenieros, venido del “aluvión inmigratorio”, es uno de los fundadores del Partido Socialista, luchando por los derechos laborales y difundiendo esta ideología en su juventud. Aun así, no abandona nunca su elitismo, ni la superioridad desde la que lucha por posicionarse en el ámbito nacional e internacional como intelectual argentino “de cepa europea”. Tal como su maestro, Ingenieros no solo se desempeña como médico, sino que se involucra con un proyecto político y social: buena parte de su carrera se aboca a la psiquiatría y la criminología que, como sostiene Plotkin (2021) “aparecían como dos términos de una ecuación: ambas definían criterios de inclusión y exclusión social esenciales para la formación del Estado moderno” (p. 79). Con respecto a esto, dirige instituciones y publicaciones ligadas al control, observación, estudio e intervención sobre la población.

Con todo esto, podemos ver que ambos autores comprenden la necesidad de incluir a la población en el Estado y sus instituciones, a la vez que se esfuerzan por vigilar, identificar y discernir a estas masas. Pero en este trabajo de control, hay un problema con el que ambos deben lidiar: en el espectáculo que brinda la ciudad de principios de siglo XX, los nuevos habitantes no son personajes estables y sus identidades no son fijas, ya que se muestran capaces de transformar sus apariencias según sus deseos y conveniencias.

La transformación de Buenos Aires en una metrópoli cosmopolita y las posibilidades de movilidad social, entre otros factores, confluyen para que la sociedad aparezca como una obra teatral con personajes cambiantes, donde los marginales pueden ascender socialmente, los pobres pueden aparentar riqueza, y los delincuentes, los enfermos o los anarquistas pueden pasar desapercibidos, de forma que los individuos potencialmente peligrosos no siempre se detectan fácilmente. Es así como en esta ciudad, que pretende ser moderna e ilustrada, estos autores identifican, aunque con rupturas y continuidades entre sí, una nueva forma de irracionalidad: la simulación social.

La multitud que aún no despierta

En *Las multitudes argentinas*, Ramos Mejía resalta la importancia de estudiar a las muchedumbres, alegando que su formación y su función son fundamentales para comprender la historia en nuestro país. Trazando un paralelo entre la sociedad y el cuerpo, Ramos Mejía (1899) sostiene que la función de los virus puede ser nociva o favorable al organismo, según la circunstancia y la dosis en la que se emplee (p. VII); y lo mismo sucede con las multitudes en la historia del Río de la Plata. Es por ello que recorre la historia de las multitudes en nuestro territorio, existentes según él desde la colonización, hasta llegar a la multitud moderna, que aún no tiene una unidad de hábitos y pensamientos. Lo que le preocupa es la necesidad de forjar una multitud patria, para que actúe como un colchón civilizatorio frente al aluvión inmigratorio. Entonces, si las multitudes pueden tener una función nociva o constructiva para el cuerpo social, el destino de la multitud moderna está por verse: puede sugestionarse por las ideas anarquistas y desestabilizadoras que vienen del exterior, o puede forjarse un líder³ y unos ideales patrios acordes con la elite dirigente.

Siguiendo la teoría de la psicología de las multitudes de Gustave Le Bon, el médico sostiene que algunos individuos con aptitudes morales e intelectuales particulares son susceptibles de caer en estado de multitud. Normalmente, dice Ramos Mejía (1899), son “individuos sin nombre representativo en ningún sentido, sin fisonomía moral propia: el número de la sala del hospital, el hombre de la designación usual en la milicia, ese es su elemento” (p. 11). Estos hombres tienen facultades mentales de lento desarrollo, por lo que su vida cerebral se limita a las facultades sensitivas. Esta debilidad moral e intelectual permite que tengan una consciencia equívoca, que los vuelve fácilmente sugestionables.

En la multitud, los individuos se atraen mutuamente por la semejanza de la estructura mental, es decir, se contagian. En este estado hay una pérdida de la individualidad y una pérdida del control racional de las acciones: allí los hombres piensan y obran de manera distinta a la que lo harían individualmente. La sugestión en la que se encuentran los individuos en la muchedumbre los hace descender muchos grados en la escala de la civilización; pero ésta última actúa como un freno: impone hasta cierto punto una inercia a la muchedumbre irracional. Los críticos e intelectuales, como son hombres de genio y de talento, están por fuera de la multitud y no son susceptibles de caer en ella.

Esta multitud, siempre bárbara e impulsiva, es en principio una masa sin líder, pero lo crea cuando lo necesita, atribuyéndole las características que desea, gracias a su capacidad imaginativa y su escasa racionalidad. Ramos Mejía sostiene que a partir de ciertos rasgos como

³ Ramos Mejía toma la palabra francesa "meneur" que significa líder. Utilizaremos aquí ambos conceptos indistintamente.

la belleza física o incluso un buen caballo, las masas se forjan sobre su *meneur* una idea de superioridad, de la que este último se aprovecha. Es así como el prestigio y el poder del *meneur* van creciendo, no por sus propios actos, sino por la ilusión de la muchedumbre y por la costumbre, que lo consagra como su líder.

Ramos Mejía (1899) sostiene que la multitud moderna representa otra fase del desenvolvimiento de la raza argentina, que debe forjarse en la ciudad y extenderse a todo el territorio de la Nación (p. 288). Esta urbe moderna está compuesta por inmigrantes que tienen un cerebro *casi virgen*, y que son equivalentes a las especies animales menos desarrolladas, pero que pueden evolucionar por la influencia del medio, para perfeccionarse intelectual y moralmente. Así, la civilización modifica paulatinamente su morfología mediante el cincel de la cultura, generando poco a poco el sentimiento de nacionalidad, aunque esto puede llevar varias generaciones, ya que “cualquier *craneota* inmediato, es más inteligente que el inmigrante cuando recién desembarca en nuestra playa” (Ramos Mejía, 1899, 290).

Estos inmigrantes, observa Ramos Mejía (1899), inundan la ciudad entera, ocupan todos los lugares públicos y son capaces de llevar a cabo todos los trabajos y oficios; porque presentan una plasticidad en la lucha por la existencia que les permite adaptarse a la civilización (p. 298). Imperfectamente modificados por la vida en la capital, forman cierta *fauna*, una paleontología social compuesta de ciertos “tipos sociales” con los que la población de Buenos Aires convive diariamente. Dentro de esta fauna, en primer lugar nombra al *guarango*, como una persona que puede haber recibido instrucción, incluso universitaria, pero la realidad es que se resiste al cepillo de la cultura y necesita de varias generaciones para dejar de ser un primitivo y un indigente del buen gusto. Esta última característica lo asimila al *invertido sexual*, debido a su sensibilidad escabrosa y sus apetitos degenerados.

El *guarango* es un tipo de transición social, por lo que debe desaparecer según Ramos Mejía en la tercera generación de inmigrantes, para dar lugar al *canalla*, que “es el guarango que ha trepado por la escalera del buen vestir o del dinero pero con el alma todavía llena de atavismos” (Ramos Mejía, 1899, 307). Podemos pensar que el *canalla* es quien ha aprendido las costumbres y los hábitos propios de la ciudad rioplatense, y sabe aparentarlos para escalar socialmente, aunque no deja de ser, para el médico, un atrasado e ignorante.

Por último caracteriza al *burgués aureus*, que es otra variedad del *guarango*, aunque exhibe menos su vida y es más conservador, debido a que prefiere disimular su avaricia. Este burgués, enriquecido improvisadamente y gracias a la suerte, se limita a cuidar su negocio y su dinero, sin interesarse en ideal ni tradición alguna. Además es crédulo y se ve fácilmente sugestionado por lo que aparece en la prensa, sin tener crítica ni reflexión propia. Por todo esto aparece como

un personaje temible, ya que puede ascender económica y políticamente aun sin haber sido modificado por el cepillo de la cultura.

Sostiene Ramos Mejía (1899) que en la modernidad no se forja aún una multitud propiamente política, que “es función democrática por excelencia” (p. 312) ya que es dinámica y encarna un itinerario propio de ideales. La fisiología moral de la actual multitud permanece soñolienta, ya que existe una estabilidad material que la mantiene calma. El médico concluye su ensayo aclarando que, aunque tal vez es un poco optimista de su parte, piensa que no hay una masa desesperada por el hambre y el frío, “podrá haber algunos que vivan míseramente, pero no existe aún la epidemicidad de la miseria, que es lo que le da su personalidad colectiva de plaga permanente y de fenómeno social ponderable” (Ramos Mejía, 1899, 337). Por ello, no hay un sentimiento político que la haga seguir a una bandera u odiar a otra, ni un líder que despierte su pasión y que genere en ella una personalidad colectiva y dinámica.

La multitud moderna que amenaza con levantarse

En *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida*, ensayo publicado en 1904, Ramos Mejía se propone estudiar las facultades defensivas que antes había examinado en los caudillos, ahora consideradas en la sociedad de su época, ya que observa que la vida moderna ha modificado las condiciones de la lucha por la vida, y así también se ha transformado la estructura mental de los hombres.

Para esto, comienza explicando la simulación en los animales y en los hombres, reconociendo que esta última sólo ha sido sistemáticamente estudiada por Ingenieros, y tomando la misma definición que este desarrolla en *La simulación social en la lucha por la vida*, ensayo publicado también en 1904. Ambos coinciden en que la noción de “simulación” surge del concepto de *mimetismo*, por el que Darwin explica la adaptación de las diversas especies animales en la lucha por la vida. Estos autores consideran que cuanto más complicada es la estructura orgánica de una especie, más se complejizan sus medios de lucha. Es por ello que en la especie humana, la lucha por la vida ya no es violenta sino fraudulenta, de manera que “a cada una de las formas revestida por la lucha por la vida entre los hombres, corresponde una forma especial de simulación como medio de lucha” (Ramos Mejía, 1904, XI).

Ramos Mejía sostiene, como su discípulo, que en el hombre los medios de protección se han perfeccionado y espiritualizado, pero se aleja de este cuando sostiene que estos son llevados a cabo de forma automática en el organismo. Aun cuando estos mecanismos aparentan cierta habilidad del individuo, en esas acciones no está presente el pensamiento ni la consciencia. Al igual que los animales reaccionan para defenderse físicamente, el hombre responde mediante la simulación, de manera inconsciente, para luchar por su vida: “nunca es más animal el hombre

que cuando se defiende así, buscando en la simulación la fuerza de su impotencia” (Ramos Mejía, 1904, 5).

Además, el autor sostiene que no todos los hombres simulan. Quienes poseen una inteligencia y una moral superior, debido a que tienen el genio y el talento necesario para desenvolverse en la sociedad, no tienen que aparentar estas características. Los hombres que simulan, para Ramos Mejía, son los mediocres o inútiles, que tienen debilidades morales y mentales que deben ocultar para ganarse un lugar en la lucha por la vida y la personalidad. De esta forma, la simulación es definida como una ortopedia del engaño, como una estrategia para cubrir las deficiencias físicas y espirituales de los hombres. Estos simuladores tienen una disposición en el espíritu que los hace hábiles en la ficción del teatro; y si encarnan los deseos, las necesidades o las preocupaciones del público que los observa, entonces este cree en la obra simulada y no sospecha de su fraude.

Esta modalidad de lucha que implica la simulación, que es la lucha por la personalidad, “en sus más violentas y activas formas, es función social de moderno origen, porque nunca la expansión de la individualidad ha adquirido mayor amplitud que en estos tiempos en que el individualismo toma formas realmente delirantes” (Ramos Mejía, 1904, 44). Junto con esto, y en la misma línea que en *Las multitudes argentinas*, el médico diagnostica en su actualidad la falta de un culto, una tradición o una identidad colectiva consolidada que pueda brindar un camino seguro y exitoso para la formación del carácter y la personalidad. En este sentido, plantea que estos simuladores buscan engrandecer su imagen y enriquecerse a toda costa, sin perseguir ningún objetivo por fuera del rédito económico⁴.

El médico evoca nuevamente a la fauna que se está formando en las ciudades y que ya había estudiado brevemente en *Las multitudes argentinas*, ahondando en diversos personajes y sus características. En primer lugar, Ramos Mejía (1904) alude a *la fauna financiera*, fenómeno propio de “esta sociedad afectada de la obsesión mercantil y de la megalomanía plutocrática” (p. 70) que se gana un lugar de prestigio en la sociedad solo por su dinero, sin ningún talento ni genio. Quienes forman parte de esta fauna se rodean de admiradores pobres y hambrientos, que se ven sugestionados por su aparente abundancia; y llenándoles el estómago y prometiéndoles riqueza inmediata, los vuelve seguidores y colaboradores suyos. Podemos ver aquí una crítica al materialismo que reina en la sociedad en general en entresiglos, y en los nuevos ricos especuladores en particular, como es la figura del *burgués aureus*.

⁴ Como explica Ángel Rama (1985) los inmigrantes, que vienen en búsqueda de conquistas materiales al continente, significan una amenaza para las elites tradicionales en Argentina; ya que sin ninguna educación ni respeto por los símbolos nacionales, reclaman un lugar en la sociedad y su economía, perturbando así los valores establecidos (p. 17).

Otro modo de expansión en la lucha por la personalidad que detecta Ramos Mejía lo constituye *la fauna de la miseria*, conformada por hombres que practican la simulación y disimulación siempre que les es conveniente, para poder circular sin ser descubiertos. Señala Ramos Mejía (1904) que entre estos, “los más chicos pasan por el lado de la Policía y de la justicia sin ser sentidos, sin despertar siquiera levemente la sensibilidad de sus antenas escrutadoras, porque saben filtrarse a través de la ley, respetando la urdimbre” (pp. 211-212). Estos hombres cambian de hábitos, de vestimenta y de apariencia, y el médico advierte que son de nacionalidades dudosas, todos los conocen pero no saben de dónde son, de qué trabajan, ni cómo se consiguen la vida.

Estos hombres no poseen ningún genio ni autenticidad, y se dedican a llevar a cabo pequeños actos delictivos, aprovechándose de otra gente para lucrar con ello. Como animales carroñeros o insectos, olfatean a su presa, huelen la muerte, la decadencia y la locura; se aprovechan de la miseria y desesperación de los más hambrientos y necesitados para engañarlos y sacarles lo poco que tienen.

Ramos Mejía ejemplifica con algunos casos clínicos, que incluyen al usurero prestamista de dinero y al médico gitano. Con respecto al primer caso, Ramos Mejía abunda en analogías entre el usurero y los invertidos sexuales, ya que la forma en que seducen a sus víctimas recuerda a la lujuria de los invertidos, a los amantes clandestinos y sin moralidad. Podemos ver aquí nuevamente una analogía entre ciertos personajes de esta fauna y los invertidos sexuales, tal como vimos en el *guarango*. En esta insistencia se puede advertir la aversión a la simulación como una herramienta para la desestabilización de las identidades sociales, cuestión que genera un problema a la elite dirigente y del talento, que buscan mantener el orden social, objetivo para el cual es fundamental poder discernir y catalogar con certeza a los ciudadanos.

Sobre el segundo caso, aquí Ramos Mejía ahonda en su rechazo al materialismo reinante haciendo uso de su antisemitismo, sosteniendo que el médico gitano tiene una moral mísera y una falta de inteligencia que evidencia su *economía hebrea*. El autor hace hincapié en que estos personajes acumulan el dinero, se lo guardan por placer y no permiten su circulación, considerada clave para la salud del cuerpo social. Simulando ser un médico noble, lo que realmente busca es adentrarse en los conventillos para ver qué puede arrebatarle a sus pacientes, con qué les puede hacer pagar el tratamiento de dudoso sostén científico. Estos médicos tienen normalmente dos o tres auxiliares, personas que contribuyen a forjar su imagen de médico noble dentro de las familias de clases bajas y desesperadas por la enfermedad.

Estos personajes, que chantajea a los demás en la lucha por la vida y la personalidad, pertenecen a las clases populares y se aprovechan de gente igual de miserable que ellos, movidos por las urgencias económicas, “sin nombre ni tradición que cuidar y con el alma liviana

de escrúpulos, fácilmente se levanta en la fortuna y consideración popular blandiendo el hacha de piedra de sus hambrunas simiescas” (Ramos Mejía, 1904, 156).

El médico sostiene que la construcción de la personalidad simulada es fructífera también gracias a la ignorancia pública, ya que esta permite que por casualidad o por engaño, muchos hombres lleguen a conquistar una posición en la sociedad. Por ello, Ramos Mejía estudia también a los auxiliares de la simulación: agentes humanos o inanimados que participan de la *obra teatral* del simulador, para hacer verosímil su papel protagonista. Son entonces las personas, acciones o artificios que contribuyen a construir la imagen pública del simulador.

Con respecto a los agentes humanos, vimos ya que tanto la fauna financiera como la fauna de la miseria tienen sus colaboradores, que actúan para obtener rédito económico o mérito propio. Son “individuos a quienes las circunstancias o la poca suerte no ha dado medios, capacidad social, ponderación política para ejercer la simulación y se resignan al papel de auxiliar” (Ramos Mejía, 1904, 174). El simulador, por su parte, los utiliza para engrandecerse y gestionar su negocio, pero esta expansión es ilegítima y se forja siempre en los márgenes de la justicia. Ramos Mejía (1904) repara en que los auxiliares trabajan en el silencio y la oscuridad, se infiltran a través del control de la ley para llevar a cabo sus actividades subterráneas y de nociva existencia (p. 173).

Con respecto a los agentes inanimados, es importante aquí el papel de la prensa, la vestimenta, el aspecto físico y las acciones que el simulador lleva a cabo públicamente; ya que como vimos en *Las multitudes argentinas*, el populacho tiene gran imaginación y fácil sugestión, por lo que tiende a engrandecer lo pequeño y a ver rico lo precario. El autor postula que hay una fiebre de falsificación que anima a la industria moderna, y se pregunta si este arte de imitar el talento y sus méritos no es una derivación mental de esta condición. Dentro de los auxiliares inanimados, el médico presta especial atención a la prensa como medio de comunicación de masas, en un contexto de ampliación del lectorado. Esta es sobre todo la que promociona estos productos falsos que son los simuladores del talento, opuestos a la elite auténtica de la que forma parte Ramos Mejía.

El autor sostiene que “el periódico que llama todos los días distinguido a un individuo mediocre, elocuente o talentoso a un indigente, acaba por crear en el cerebro de sus lectores, una vaga idea de distinción y de fuerza” (Ramos Mejía, 1904, 176); ya que el lectorado moderno, que poco a poco se vuelve masivo, no tiene una capacidad de crítica ni de pensamiento propio como para cuestionar lo que lee. Ante la prensa, el *populacho* simplemente absorbe la información, se deja convencer fácilmente.

Ramos Mejía (1904) advierte que:

El sugeridor de la treta, el amigo vivaracho, el empresario de los grandes negocios, la familia y la propia mujer y hasta el caballo que triunfa en la veloz carrera y el toro gordinflón y la vaca fecunda premiada y aplaudida en el torneo pastoril, son todos, del mismo modo auxiliares que concurren, cada uno con su grano de oro, a la singular exposición de la hechiza personalidad.
(p. 175)

Junto con el materialismo y la sed de enriquecimiento que reina en la sociedad, hay también una necesidad de exhibirse públicamente y mostrar los logros propios. Esto, combinado con la mirada atenta y crédula de las clases populares, logra que todos estos auxiliares, sean personas, animales, instituciones u objetos, den una imagen de riqueza, grandeza y magnitud a quien sabe utilizarlos y sacar provecho de ellos. De esta forma, los miserables, los insignificantes y mediocres, debido a un trabajo de hormiga, con cierta constancia y mérito, logran parecer más ricos, afortunados e inteligentes de lo que realmente son. Así, mediante la simulación, las personas de las clases populares logran ascender y llegar a todas las clases sociales y mentales. Con todo este recorrido, Ramos Mejía (1904) advierte que en la sociedad moderna, como en la naturaleza, lo que aparenta estar dormido, sin movimiento, puede estar en funcionamiento y acción, agitándose aunque no lo percibamos (p. 93). A nivel individual, estas personalidades simuladoras persiguen constantemente un ideal que, como es irrealizable, las mantiene en perpetuo movimiento y expansión. Hay una identidad inestable, que no es identificable de igual forma en todo tiempo y espacio, que muta y no deja rastros de lo que fue antes ni da señales de lo que podrá ser después. Al mismo tiempo, a nivel colectivo:

Hasta en esas formas de expansión subterránea y modesta se siente, en esta sociedad en inquieto vértigo nutritivo, palpitar exhuberante la acción y la vida. Las capas de arriba, piensan que allí domina el reposo; reposo, sí, pero ese reposo aparente de lo que no tiene formas sensibles a sus medios imperfectos de percepción. (Ramos Mejía, 1904, 215-6)

Hacia el final de *Los simuladores del talento* vemos una grave preocupación, porque lo que aparenta estar quieto y tranquilo, tiene un movimiento imperceptible hasta ahora por las “capas de arriba”. Estas formas de expansión están en constante actividad y cambio para impedir su reconocimiento y estorbar su control, y amenazan con ebullición en cualquier momento, con salir a la luz y tomar desprevenidas a las clases altas.

Este movimiento de la fauna que trabaja en el misterio, el silencio y la oscuridad, puede detectarse en los *conjuros* que deja en las paredes de la ciudad: “son sus pasiones, sus odios, mil otros estados de alma oscuros, que se exteriorizan en tales signos y que hablan una jerga viva y animosa” (Ramos Mejía, 1904, 265). Cuando sus dolores y urgencias estallan y suben a la superficie, las paredes les sirven a estos simuladores para comunicarse entre sí, funcionando como la prensa de quienes no salen en la prensa.

Este discurso social anónimo está compuesto por vocablos delirantes, palabras mágicas, signos extravagantes, y se presenta incomprensible para las capas altas de la sociedad: “todo eso, combinado entre sí, y mudo para nosotros, encierra sin duda alguna particular riqueza de expresiones impenetrables a los que ignoramos esta ciencia popular sui-generis, en que tanta vida desconocida palpita a cada momento” (Ramos Mejía, 1904, 268).

Todo ello es la expresión y la comunicación entre sí de la fauna de la ciudad que no tiene otra forma de expresarse, ya que vive simulando y disimulando, ocultándose de la ley y la justicia. Todo ello es lo que la elite del talento a la que pertenece Ramos Mejía no entiende y le teme. Esta fauna le es ajena y hostil y se le presenta como una amenaza, porque parece obedecer a un metódico plan que se le aparece impenetrable y no puede descifrar.

Ramos Mejía observa “desde arriba”, desde la elite auténtica del talento a la que pertenece, que muchas personas logran, mediante las apariencias, asimilarse a ellos. Pero estos personajes no son más que ignorantes y mediocres, con una moral baja, que sin haber pasado por el cepillo de la cultura logran aprovecharse, utilizando distintos artilugios y chantajes, de la inestabilidad de identidades y la movilidad social.

Tanto la fauna financiera como la fauna de la miseria parecen querer escalar socialmente, con distintos métodos, simulando talento mediante estas “aptitudes defensivas y aquel poder de mimetismo recurrente que hace de la vida un carnaval solemne, en el cual los inútiles aprovechan de su accidental cotización para aplastar con su vientre la excelsitud del cerebro alado” (Ramos Mejía, 1904, 35). Así, esta fauna que Ramos Mejía ve aún soñolienta y quieta en *Las multitudes argentinas*; cinco años después, en este nuevo ensayo, aparece palpitante, a punto de una posible ebullición, poniendo en peligro el orden social establecido.

La sociedad como una tertulia de enmascarados

Ingenieros, por su parte, ahonda en la simulación social en varios textos, pero sobre todo en *La simulación en la lucha por la vida*. Como ya dijimos, este autor y su maestro comparten a grandes rasgos la definición de la noción de simulación en la sociedad. Pero Ingenieros, para comprender el desarrollo de esta, pone énfasis en la condición económica de la sociedad, ya que la complejización de la lucha se explica por su evolución y su desarrollo productivo:

La lucha por la vida se modifica en la especie humana, porque ésta tiene la posibilidad de producir sus propios medios de subsistencia, subordinando la lucha al incremento de su capacidad productiva; aptitud que, en última instancia, determinará la transformación o atenuación de ciertas formas de lucha por la vida en el porvenir. (Ingenieros, 1996, 25)

La lucha por la vida tiende a disminuir en la medida en que los hombres desarrollan sus medios de producción, y se acrecienta la solidaridad. Así, la simulación debería desaparecer en la

especie humana en la medida en que esta perfeccione sus medios de vida, y permita a los hombres acercarse a la sinceridad. Podemos ver aquí que Ingenieros matiza el darwinismo social con su postura marxista, por la que enfatiza la importancia del desarrollo de las fuerzas productivas para estudiar la agudización y la atenuación de la lucha en la sociedad.

Esta concepción marxista, que lo lleva a considerar a la solidaridad social como un factor de creciente relevancia, influye también en su definición sobre la nacionalidad argentina, que analizaremos brevemente. En Ingenieros (1918) “La formación de una raza argentina”, el autor sostiene que una nación no se constituye por la mera pertenencia a una raza biológica, sino que se desarrolla por los sentimientos colectivos de solidaridad, de trabajo y de cultura, que se engendran por las condiciones del ambiente y por prácticas comunes y que pueden ser compartidos por distintas razas.

Para explicar la formación de la nacionalidad argentina, Ingenieros recorre la historia de las razas que habitaron nuestro territorio, y sostiene que en este se llevan a cabo dos grandes “inmigraciones” europeas. En la primera, que corresponde a la Colonización, “en las zonas templadas se efectúa una progresiva sustitución de las razas aborígenes de color por razas blancas inmigradas, engendrando nuevas sociedades en reemplazo de las autóctonas” (Ingenieros, 1918, 474). Ingenieros naturaliza este proceso, sosteniendo que la extinción de las razas indígenas se debe a sus dificultades para adaptarse a la variación del ambiente. En cambio, las razas blancas europeas predominan porque presentan una fácil adaptabilidad en los climas templados del Norte y Sur del continente americano.

La segunda inmigración europea, de fines del siglo XIX, provoca la sustitución progresiva de las razas mestizadas de la época colonial por las razas blancas europeas, que acumulan siglos de civilización tras de sí; lo que “aportó a la nacionalidad elementos casi desconocidos por la primera, esenciales para constituir una raza nueva e iniciar un nuevo núcleo de civilización: el trabajo y la cultura” (Ingenieros, 1918, 501). Entonces, como lo primordial para la formación de la nación no es la raza biológica sino el trabajo conjunto y la cultura compartida, la inmigración europea trasplantada en nuestro territorio y adaptada a nuestro medio físico, en vez de constituir un freno o enlentecimiento para la formación de la nacionalidad argentina, constituye un motor.

Volviendo a la noción de simulación social, Ingenieros (1996) sostiene que “a medida que progresa el desenvolvimiento mental de las especies, aumenta la posibilidad de las simulaciones individuales y es mayor la conciencia que de ellas tiene el simulador” (p. 63). Estas formas individuales de simulación dependen de la constitución fisiopsíquica de cada individuo y de su relación con el ambiente particular. Dependiendo de qué factor pesa más en la personalidad del hombre, este puede ser un simulador nato, adquirido o patológico.

La regla que rige en la sociedad es que quienes menos aptos son para simular, más expuestos están a fracasar en la lucha por la vida. En un principio, Ingenieros plantea que sólo escapan a esta regla algunos hombres superiores, que no necesitan adaptarse a su ambiente, sino que se imponen a él. Pero durante el desarrollo de su ensayo vemos que esto no implica que estos hombres no simulen, sino que lo hacen de una forma superior, porque son activos y poseen fisonomía propia. Estos hombres no se adaptan al medio en el que viven, sino que actúan sobre él, imponiendo sus tendencias originales, sus iniciativas personales. Ingenieros aclara que este tipo de personalidades son lo que Le Bon llama *meneurs*, porque vencen la presión de la multitud e imponen sus caracteres propios. Estos son hombres de carácter, que forman parte de los simuladores natos.

Ingenieros también sostiene que los hombres sin carácter, que forman parte de los simuladores adquiridos, no luchan, porque son pasivos y constituyen la masa anónima; pero luego aclara que sí luchan, solo que poniendo escasa energía en ello, ya que su simulación está determinada o intensificada por la influencia de su medio social. Tienen en su psicología “una gran debilidad moral que los hace ceder a la más leve presión y sufrir todas las influencias” (Ingenieros, 1996, 112), por lo que estos hombres se limitan a seguir las formas sociales de la simulación, y no puede advertirse en ellos un rasgo propio de su personalidad individual.

Por último, el autor postula que también hay simuladores patológicos: constituyen este grupo los desequilibrados o anormales, que son en cierta medida conscientes de la anomalía en su funcionamiento mental, debido a la cual pierden el sentido de la adaptación al medio. Y como son conscientes de esto, buscan compensar su anomalía con simulaciones complicadas. Además de esta simulación de los verdaderos alienados para esconder su locura, el autor advierte que la gente en general y específicamente los delincuentes simulan la locura para sacar provecho de ello. El autor dedica una obra completa al problema de discernir la simulación de la locura del verdadero estado patológico, y de hecho, este es un trabajo introductorio para el desarrollo de esa obra⁵.

De esta manera, en la vida social, ningún individuo queda exento de la simulación. Pero en la especie humana no sólo luchan los individuos, sino también los grupos y las organizaciones. Así, hay diversos niveles en la simulación social, que se entremezclan y conviven entre la individualidad y el conjunto: hay lucha entre razas, naciones, sexos, clases sociales, e incluso cada profesión tiene sus simulaciones específicas. Los grupos con iguales intereses forman lazos de solidaridad para defenderse o luchar contra uno o más grupos. Y a cada una de esas formas de lucha, le corresponde una forma de simulación.

⁵ Nos referimos a Ingenieros, José (1953). *La simulación de la locura*, Buenos Aires, Meridion.

Con todo esto, vemos que la lucha por la vida rige en el mundo social, por lo que todos los hombres se ven obligados a disimular, sean buenos o malos, normales o degenerados. La educación infunde a los individuos una homogeneización: desde pequeños se los alecciona para adquirir ciertas normas sociales de lenguaje, hábito o pensamiento, y cuando no las cumplen, aprenden a simularlas, para sacar ventaja de ello en la lucha por la vida. Para estos individuos, dice Ingenieros (1996), “su éxito en la vida consiste en alcanzar la más perfecta adaptación al medio. Para ello no es necesario ser como los demás; basta con parecer” (p. 69). De esta forma, la sociedad sacrifica a los individuos y a sus personalidades particulares en favor del interés de la especie.

Como en la sociedad hay antagonismos entre individuos y grupos que no pueden armonizarse, se establecen ciertos valores morales sobre lo que está bien o mal, y así se fijan los límites de la lucha entre los hombres. Pero estos valores morales son ficciones, ya que todos los hombres tratan de violarlos, disimulando sus vicios y simulando ciertas virtudes, “hasta convenir la sociedad en una inmensa tertulia de enmascarados que procuran engañarse recíprocamente” (Ingenieros, 1996, 85). Así, los hombres civilizados viven bajo un disfraz permanente.

Esta escena donde los personajes se transforman según los intereses que siguen y las circunstancias en las que se encuentran, llega a tal punto que Ingenieros (1996) proclama:

Felices los hombres que puedan preocuparse de ser y olvidarse de parecer; los que puedan fiar en la sinceridad ajena, sin vivir en perpetua alarma entre la común hipocresía; los que puedan amar la verdad y aborrecer la mentira; los que puedan ser leales y sentirse correspondidos; los que puedan creer a sus padres, a sus amadas, a sus hijos, a sus amigos, a sus vecinos, a los hombres todos, esclavos hoy de la ficción organizada y acaso redimidos mañana por la inutilidad de vivir en perpetuo engaño recíproco. (p. 208)

Como ya dijimos, el hombre no es naturalmente perverso ni instintivamente mentiroso, sino que la organización social le impone esas circunstancias: si no quiere luchar por la fuerza, debe luchar por medio de la simulación. Es la moral social la que obliga a todos los individuos de cualquier sexo, raza, clase o situación social a simular, porque esta moral tiene sus bases en la mentira, y todos aprenden de pequeños a seguir sus reglas; de forma que este rasgo irracional alcanza a toda la sociedad civilizada. La simulación es un rasgo constitutivo de la sociedad moderna, en la que existen grupos con intereses opuestos que deben enfrentarse constantemente. Por ello, este medio de lucha debe tender a atenuarse en la medida en que el hombre desarrolle sus condiciones de vida y pueda consolidar otra moral social donde predominen la solidaridad y la sinceridad.

Comparaciones y conclusiones

Con todo lo expuesto, podemos ver que Ramos Mejía estudia a la sociedad moderna con una pretensión de objetividad científica que encubre una fuerte carga valorativa, manipulando el discurso sobre los personajes que estudia hasta convertirlos en un otro degradado y degenerado. Este objeto de estudio, los simuladores del talento que componen la fauna urbana, abarca tanto a los mediocres de las clases populares, como a quienes logran enriquecerse debido a su espíritu especulador y su sed de ganancias. Ambos están desprovistos de una moral y de una capacidad intelectual elevadas, pero sus capacidades simuladoras les permiten elevarse socialmente y acercarse, según la imagen pública, a la auténtica elite del talento a la que pertenece Ramos Mejía. Esta elite, que no requiere de las apariencias, ve amenazada su entereza moral por estos simuladores que escalan socialmente de forma ilegítima. Así, la simulación social queda restringida a esta fauna, fuertemente vinculada con los inmigrantes, a quienes el autor denigra, animaliza y patologiza a lo largo del ensayo.

El marxismo de Ingenieros, por su parte, lo lleva a poner énfasis en los factores sociológicos, tanto en su visión de la nacionalidad argentina como en su noción de la simulación social. En primer lugar, su concepción de los inmigrantes europeos, de los que él mismo forma parte, le permite igualar a todos los actores que componen la vida en la ciudad, ya que no jerarquiza biológicamente a las razas que conviven en ella. En segundo lugar, la noción de simulación abarca a toda la civilización; nadie escapa a esa ley, porque es la condición necesaria que impone el medio social al hombre para poder sobrevivir. La sociedad misma sostiene una moral hipócrita, basada en la mentira, por lo que se inculca a los ciudadanos esta forma de luchar por la vida y el poder. Hay una jerarquización, pero esta depende de la capacidad de simular que cada uno desarrolla; porque en la medida en que esta es la forma sofisticada de lucha en sociedad, quien mejor simula es una persona que se busca de manera más inteligente la vida. Esta forma de lucha es tanto individual como social, de manera que Ingenieros también iguala a los sectores y grupos sociales, sexuales y económicos, democratizando significativamente la vida en la ciudad mediante este concepto.

Referencias bibliográficas

- Ingenieros, José (1996). *La simulación en la lucha por la vida*. Buenos Aires, Losada.
- Ingenieros, José (1918). La formación de una raza argentina, en A. Ponce (Ed.), *Sociología argentina* (pp. 473-506). Buenos Aires, Ediciones L. J. Rosso.
- Lattes, E. Alfredo (Coord.) (2010) *Dinámica de una ciudad: Buenos Aires 1810-2010*. Buenos Aires, Dirección General de Estadística y Censos.
- Plotkin, Mariano Ben (2021). *José Ingenieros, el hombre que lo quería todo*. Buenos Aires, Edhasa.
- Rama, Angel (1985) *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo, Arca Editorial.
- Ramos Mejía, José María (1899). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, Lajouane.
- Ramos Mejía, José María (1904). *Los simuladores del talento*. Buenos Aires, Lajouane.
- Salessi, Jorge (2023). *Médicos maleantes y maricas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Planeta.